

PARTE II. mas favorable á los de Luis, porque ponía el gobierno inmediato de la mitad española en manos de un príncipe sobre quien aquel monarca ejercía completa influencia. Imposible es que un político tan astuto como Fernando, por solo la consideración de ventajas tan remotas para él, y dependientes de una condición tan precaria como el casamiento de dos niños que todavía se hallaban en la cuna, hubiera pensado con formalidad en un arreglo que entregaba todo el poder que de presente tenía en manos de su rival; y esto en el instante en que sus grandes fuerzas, preparadas con tanto tiempo para Calabria, habían llegado á aquel país, y cuando por otra parte el Gran Capitán había recibido aumento de tropas con que podía tomar la ofensiva con fuerzas iguales por lo menos á las de su enemigo.

El Gran Capitán se niega á cumplirlo. No parece sin embargo que concibieran ningún género de duda sobre este particular los que firmaron el tratado, cuya celebración se solemnizó por la corte en Lyon con regocijos públicos de toda clase, y particularmente con justas y juegos de cañas, á imitación de la caballería de España. Al mismo tiempo el rey de Francia mandó que no se embarcaran ya las tropas de refresco que debían ir en la escuadra que se estaba disponiendo en el puerto de Génova para Nápoles, y envió órdenes á sus generales de Italia para que no emprendiesen nuevas operaciones. El archiduque dirigió iguales instrucciones á Gonzalo, acompañándole una copia de los poderes que le había dado Fernando. Mas aquel prudente general, ya fuese en cumplimiento de órdenes anteriores que hubiera recibido del rey, como los escritores españoles afirman, ó ya por su propia cuenta y responsabilidad, movido por un sentimiento muy natural de su deber, se negó á ejecutar las órdenes del embajador, declarando: "que no reconocía otra autoridad que la de sus reyes, y que estaba obligado á proseguir la guerra con todo su poder, mientras no recibiera mandato de sus soberanos en contrario ¹⁵."

¹⁵ Abarca, Reyes de Aragon, t. II, rey 30, cap. 13, sec. 3.—Giannone, Storia di Napoli, lib. 29, cap. 4.—Saint Gelais, Hist. de Louys XII, p. 171.—Buonaccorsi, Diario, p. 75.—D'Auton, Hist. de Louys XII, parte 2, chap. 32. Según los historiadores aragoneses, Fernando desde la partida del archiduque había informado á Gonzalo de las negociaciones intentadas con Francia, previniendo al general al mismo tiempo que no hiciera caso de cualesquiera instrucciones que le enviara al archiduque mientras no fueran confirmadas por

Los despachos del archiduque habían llegado precisamente en el instante en que el general español, reforzado con una parte de la inmediata guarnición de Tarento al mando de Pedro Navarro, se hallaba preparado á salir á campaña y medir sus fuerzas en batalla formal con el enemigo. Sin perder tiempo, puso en ejecución su proyecto, y el viérnes 28 de Abril salió con todo su ejército de los antiguos muros de Barleta: lugar por siempre memorable en la historia como teatro de los extraordinarios padecimientos é invencible constancia de los soldados españoles.

El camino que llevaron fué por medio del campo de Canas, en donde diez y siete siglos antes había sido abatido el orgullo de Roma por las armas victoriosas de Anibal ¹⁶ en una batalla que, aunque dada

él. Los escritores franceses miran esta circunstancia como prueba inequívoca de la mala fe del rey al entrar en estas negociaciones. A primera vista tiene efectivamente aquel paso este aspecto; pero bien considerado, admite muy distinta explicación. Fernando no tenía ninguna confianza en la prudencia de su enviado, á quien, si hemos de dar crédito á los escritores españoles, empleaba en este negocio mas bien por accidente que por elección, y no obstante los plenos poderes que le dió, no se consideraba obligado á reconocer la validez de ningún tratado que firmase, hasta que él le ratificara. Con tales miras, fundadas en principios hoy reconocidos universalmente en la diplomacia europea, era natural que precaviera al caudillo de sus armas contra cualquiera intervención que se arrogara su enviado, lo que con fundamento podía temer atendiendo al inconsiderado y presuntuoso carácter de éste, y á la indebida influencia que ejercía sobre él el rey de Francia.

En cuanto al Gran Capitán, que ha

llevado una buena parte de la censura en esta ocasión, no es fácil descubrir cómo hubiera podido obrar de otra manera que lo hizo, aun en el caso en que no hubiese recibido ningunas instrucciones especiales de Fernando; porque difícilmente se hubiera podido justificarle si hubiese abandonado las ventajas seguras que tenía, fiado en la autoridad de una persona cuyos poderes él no podía determinar si eran ó no bastantes, y que en efecto no parece autorizaban tal intervención. La única autoridad que Gonzalo reconocía era la del soberano que le había dado la comisión que tenía, y al cual era responsable de su fiel desempeño.

¹⁶ Ni Polibio (lib. 3, sec. 24 et seq.) ni Tito Livio (Hist., lib. 22, cap. 43-50), que dieron las relaciones mas circunstanciadas de aquella batalla, hablan con bastante precisión para que podamos conocer con toda exactitud el lugar en que se dió. Estrabon, en sus noticias topográficas de aquella parte de Italia, alude brevemente "á la batalla de Canas" (*τά περί Καννας*), sin dar ninguna

PARTE II. entre ejércitos mucho mayores, no fué tan decisiva en sus resultados como la que á las pocas horas iban á presenciar los mismos campos. Esta coincidencia es ciertamente singular; y casi podría uno figurarse que los actores de estas terribles tragedias, deseosos de no manchar las hermosas mansiones de la civilizacion, buscaron de propósito para teatro de sus furores aquel ángulo oscuro y retirado.

Sufrimientos del ejército.

El tiempo, aunque se hallaban solamente á los finés de Abril, era en extremo caluroso; los soldados, no obstante las órdenes que para ello les dió Gonzalo, al cruzar el río Ofanto, el antiguo-Aufido, no se habian provisto de agua suficiente para la marcha: molestados por el calor y el polvo viéronse luego acometidos de una sed irresistible; y como los rayos abrasadores de un sol de Mediodía caian perpendiculares sobre sus cabezas, muchos de ellos, y en especial los que llevaban pesadas armaduras, se caian en el camino abrumados de cansancio y de fatiga. A Gonzalo se le veia en todas partes, acudiendo á las necesidades de sus soldados, y procurando animar su abatido espíritu. Finalmente, para aliviarlos, mandó que cada ginete llevara en grupa á un infante, y dió él mismo el ejemplo montando en su caballo á un abanderado alemán.

Acampan los españoles junto á Ceriñola.

De esta manera, todo el ejército llegó por la tarde temprano delante de Ceriñola, pequeño pueblo situado sobre una eminencia como á diez y seis millas de Barleta, en donde la naturaleza del terreno presentaba al general español una posicion favorable para su campo. Las laderas de la montaña estaban cubiertas de viñas, y su base defendida por un barranco bastante profundo. Gonzalo conoció á primera vista lo ventajoso de aquel terreno. Su gente estaba muy fatigada de la marcha; pero no habia tiempo que perder, porque los franceses, que al saber su partida de Barleta habian formado bajo los muros de Canosa, avanzaban ya rápidamente. Hízose pues trabajar

descripcion del teatro de la accion. (Geog., lib. 6, p. 285.) Cluverio fija el sitio de la antigua Canas en la orilla derecha del Aufido, hoy Ofanto, como á tres ó cuatro millas debajo de Canutio, y cita el pueblecito moderno que lleva casi el mismo nombre, Canne, en donde la tradicion comun reconoce las rui-

nas de la ciudad antigua. (Italia Antigua, lib. 4, cap. 12, sec. 8.) D'Anville no tiene dificultad en identificar estos dos nombres (Geographie Ancienne, Abrégée, t. 1, p. 208.), y en sus mapas sitúa aquella antigua ciudad en línea recta y como á mitad de camino de Barleta á Ceriñola.

á todo el mundo en abrir la trinchera, sobre la cual se pusieron estacas puntiagudas, al mismo tiempo que con la tierra que sacaban formaron un parapeto de bastante altura en el lado próximo al pueblo. Sobre esta muralla colocó Gonzalo su pequeño tren de artillería, que constaba de trece cañones, y detras de él formó sus tropas en orden de batalla ¹⁷.

CAP. XII.

Aun no se habian concluido del todo estas operaciones en el campo español, cuando se vieron ya relucir á lo lejos las brillantes armas y banderas de los franceses, entre los altos matorrales de hinojo y helecho de que estaba cubierta aquella tierra. Apenas divisaron los franceses el campamento español, hicieron alto y llamaron á consejo de guerra para determinar si convenia dar la batalla aquella misma tarde. El duque de Nemours hubiera querido diferirla hasta la mañana siguiente, porque el dia estaba ya muy adelantado y no daba lugar para reconocer la posicion del enemigo; pero Ivo de Alegre, Chandieu, el comandante de los suizos, y algunos otros oficiales estuvieron porque se atacara inmediatamente, alegando cuánto importaba no defraudar la impaciencia de los soldados, que estaban todos ardiendo en deseos de entrar en combate. En la discusion Alegre se acaloró tanto que llegó á decir algunas palabras duras contra el valor del virey, las cuales éste hubiera vengado en el acto si Luis de Ars no hubiese detenido su brazo. Tuvo sin embargo la debilidad de permitir que se cambiara su plan, mucho mas prudente que el de los otros, diciendo: "Pues bien; peharemos de noche, y quizá los que mas blasonan veremos que fian mas en las espuelas que en las espadas:" prediccion que se justificó amargamente por el suceso ¹⁸.

Nemours los sigue.

17 Giovio, Vita Illust. Virorum, folios 252-255.—Guicciardini, Istoria, lib. 5, p. 303.—Crónica del Gran Capitán, cap. 75, 76.—Zurita, Anales, t. v, lib. 5, cap. 27.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 256.—Ulloa, Vita di Carlo V, folios 16, 17.

de las tropas, sino á un parapeto y un foso." Este antiguo modo de asegurar una posicion, que habia caido en desuso, fué resucitado despues de esto, segun el mismo autor, y se volvió á practicar generalmente por los mejores capitanes de la época. Ubi supra.

Giovio refiere que habia oido decir muchas veces á Fabricio Colona, hablando de los atrincheramientos del pie de la colina, "que la victoria fué debida, no á la habilidad del general, ni al valor

18 Brantome, Œuvres, t. II, disc. 8.—Garnier, Histoire de France (Paris, 1783-8.), t. v, pp. 395, 396.—Gaillard, Rivalité, t. IV, p. 244.—St. Gelais, Histoire de Louys XII, p. 171.

PARTE II.

Fuerzas españolas.

Mientras en el campo frances ocurría esta disputa, Gonzalo estaba ganando tiempo para dar la disposición conveniente á sus tropas. Puso en el centro á sus auxiliares de Alemania, armados con largas picas, y en una y otra ala la infantería española al mando de Pedro Navarro, Diego de Paredes, Pizarro y otros ilustres capitanes. Al ala izquierda confió la defensa de la artillería. Dejó un cuerpo considerable de caballos de línea, en que se hallaban los que armó últimamente con los despojos de Ruvo, formados dentro de las trincheras en paraje que tenía una abertura conveniente para la salida, á las órdenes de Mendoza y de Fabricio Colona, encargando al hermano de éste, Próspero, y á Pedro de la Paz la caballería ligera, que se dejó fuera de las líneas para molestar al enemigo cuando avanzara, y obrar sobre cualquier punto que la ocasion exigiese. Dadas estas disposiciones, el general español esperó tranquilamente el ataque de los franceses.

Fuerzas francesas.

El duque de Nemours había ordenado sus haces de una manera muy diferente: las dividió en tres cuerpos ó divisiones, colocando su caballería de línea, que era, según Gonzalo declaraba, "la mas brillante que se hubiera visto por muchos años en Italia," al mando de Luis de Ars, en la derecha. La division segunda y central, que iba un tanto atrasada del ala derecha, la formaba la infantería suiza y gascona, capitaneada por el valiente Chandieu, y la izquierda, que se componia principalmente de la caballería ligera, y que formaba como la anterior un poco á retaguardia de la precedente, iba al mando de Alegre¹⁹.

Batalla de Cerinola.
1503.
28 de Abril.

Seria como media hora despues de puesto el sol cuando el duque de Nemours dió la orden de atacar; y poniéndose á la cabeza de los hombres de armas que iban á la derecha rompió á todo galope contra la izquierda española. Los ejércitos enemigos eran casi iguales, y ascenderian como á seis ó siete mil hombres por cada parte. Los franceses llevaban ventaja en el número y condicion de su caballería, que formaba cerca de un tercio de sus tropas, al paso que la fuerza de Gonzalo consistía principalmente en la infantería, que amaestrada á su vista en la táctica, podía competir con la mejor de Europa.

Avanzando los franceses, los cañones de la izquierda española ha-

¹⁹ Crónica del Gran Capitan, cap. 76.—Giovio, Vita Illust. Virorum, folio 253-255.—Ulloa, Vita di Carlo V, folio 17.

CAP. XII.

cian un fuego vivo contra sus filas, cuando habiendo caido una chispa en el almacen de la pólvora, voló todo con terrible esplosion. Llenáronse de espanto los españoles; pero Gonzalo, convirtiendo aquella desgracia en buen agüero, gritó: "¡Ánimo, soldados! Estas son las luminarias de la victoria! No necesitamos cañones en campo fortificado."

En tanto, la vanguardia francesa al mando de Nemours, avanzando con rapidez entre las columnas de humo que habian cubierto todo el campo, se encontró inesperadamente detenida por la profunda trinchera, de cuya existencia no tenían noticia. Algunos caballos se precipitaron en ella, y todos se vieron contenidos, hasta que observando Nemours que era imposible forzar los reparos por aquella parte, mandó girar por todo el frente buscando algun paso por donde poder penetrar. En esta operacion necesariamente espuso su flanco á los tiros fatales de los arcabuceros españoles. Uno de ellos dió al jóven y desgraciado caudillo, que cayó del caballo herido mortalmente.

Muerte de Nemours.

En este tiempo, la infantería suiza y gascona, avanzando con presteza á sostener el ataque de la ya desordenada caballería, llegó delante de las trincheras. Sin desanimarse á la vista de aquella formidable barrera, su comandante Chandieu hizo los mas extraordinarios esfuerzos para abrirse paso; pero sus soldados se hundian y resbalaban en la tierra movediza recién sacada, y se veian obligados á retroceder delante de la muralla de picas alemanas de que estaba erizada la cima del parapeto. Chandieu hacia todos los esfuerzos imaginables para rehacerlos y llevarlos nuevamente al ataque; mas en esta situacion, como su brillante armadura y el lucido plumaje de su yelmo le hicieran blanco señalado para los tiros del enemigo, fué herido de una bala y cayó exánime en el foso.

Todo fué ya confusion. Los arcabuceros españoles, cubiertos por sus reparos, hacian un fuego terrible contra las grandes masas de los enemigos, que estaban mezclados indistintamente, confundidos los infantes y caballos, mientras que muertos sus caudillos no se presentaba ninguno capaz de sacarlos de aquel desorden. En este crítico momento, Gonzalo, que con su vista de águila observaba las operaciones de todo el campo, mandó un ataque general por toda la línea. Entonces, los españoles saltando las trincheras se precipitaron con ímpetu sobre sus enemigos, cuyas vacilantes columnas, rotas por la violencia de la embestida, se llenaron de terror y echaron á huir sin hacer casi re-

Derrota de los franceses.

PARTE II.

sistencia. Luis de Ars, á la cabeza de los hombres de armas que le pudieron seguir, tomó una direccion, é Ivo de Alegre con la caballería ligera, que apenas habia entrado en accion, se fué por otra parte, justificando así plenamente la triste prediccion de su general. La matanza principal la sufrió la infantería suiza y gascona, á quien la caballería mandada por Mendoza y Pedro de la Paz siguió el alcance y acuchilló sin consuelo, hasta que la oscuridad de la noche los libró finalmente de sus desapiadados perseguidores ²⁰.

Próspero Colona penetró en el campamento frances, en donde halló en la tienda del duque las mesas puestas para su cena, de que el general italiano y los suyos no dejaron de aprovecharse: incidente de poco momento, que da á conocer los repentinos cambios de la suerte de la guerra.

Pérdida de los franceses.

El Gran Capitan pasó la noche en el campo de batalla, que á la mañana siguiente presentaba un espectáculo espantoso de muertos y moribundos. Segun los mejores datos, se calcula que pasaban de tres mil los franceses que en él quedaron. La pérdida de los españoles, cubiertos como estuvieron con sus reparos, fué de poca consideracion ²¹. Toda la artillería del enemigo, que constaba de trece piezas,

²⁰ Crónica del Gran Capitan, cap. 75.—Garnier, Hist. de France, t. v, pp. 396, 397.—Fleurange, Mémoires, chapitre 5, apud Petitot, Collection des Mémoires, t. xvi.—Giovio, Vitæ Illust. Virorum, ubi supra.—Guicciardini, Istoria, t. 1, pp. 303, 304.—Saint Gelais, Hist. de Louys XII, pp. 171, 172.—Brantome, Œuvres, t. II, disc. 8.

²¹ Giovio, Vitæ Illust. Virorum, fol. 255.—Garibay, Compendio, t. II, lib. 19, cap. 15.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 180.—Pedro Mátyr, Opus Epist., epist. 256.—Fleurange, Mémoires, chap. 5.

Ninguna relacion de las que yo he visto pone la pérdida de los franceses en solo tres mil hombres: Garibay la hace subir á cuatro mil quinientos; y el ma-

riscal frances de Fleurange calcula la de los suizos solos en cinco mil: equivocacion manifiesta que no tiene fácil disculpa, porque indudablemente el mariscal tuvo á su disposicion los datos mejores para hablar con exactitud. Los españoles estaban tan bien resguardados, que no es extraño sufrieran poca pérdida; y así es que ningun escritor la hace pasar de cien muertos, y algunos la ponen aun mucho menor. La diferencia es en verdad asombrosa, pero no imposible, porque los españoles estuvieron poco espuestos al choque personal con los enemigos, al paso que éstos se vieron en mucho desórden para que pudieran pensar en otra cosa que en la huida. La confusion y discrepancia mas que ordinaria que se encuentra en las

CAP. XII.

sus bagajes y la mayor parte de sus banderas cayeron en poder de los vencedores. No se vió nunca victoria mas completa alcanzada en el espacio de poco mas de una hora. El cadáver del desgraciado Nemours, que fué conocido por uno de sus pajes por los anillos que llevaba en los dedos, se encontró muy desfigurado debajo de un monton de muertos. Parece que habia recibido tres heridas diferentes, acreditando así, si era necesario, por una muerte honorífica, la falsedad de las imputaciones de Alegre. Gonzalo se llenó de dolor y derramó lágrimas al ver los mutilados restos de su jóven y valeroso adversario; el cual, como quiera que fuese de su capacidad como general, por confesion comun estaba adornado de todas las cualidades que forman un cumplido caballero. Con él pereció el último vástago de la ilustre casa de Armañac. Gonzalo hizo conducir sus restos á Barleta, depositándolos en el cementerio del convento de San Francisco con todos los honores debidos á su alta categoría ²².

El general español sin perder tiempo siguió adelante en sus operaciones, sabiendo que es tan difícil aprovecharse de la victoria como ganarla. Los franceses habian entrado en la batalla con mucha precipitacion para que hubieran convenido en ningun plan, ni en punto adonde replegarse en el caso de ser derrotados. Así que, se derramaron en diferentes direcciones. Pedro de la Paz fué enviado en persecucion de Luis de Ars, el cual se entró en Venosa ²³, donde tuvo detenidos á sus contrarios por muchos meses. Paredes siguió el alcance á Alegre, que hallando cerradas las puertas de todos los pueblos por donde pasaba, al fin pudo refugiarse en Gaeta, plaza situada en el extremo del territorio de Nápoles. Allí procuró reunir las dispersas reliquias del campo de Cerinola, y formar una posicion fuerte, desde la cual pudieran los franceses, luego que recibieran nuevos socorros

Persecucion del enemigo.

varias relaciones de los detalles de esta accion se puede atribuir con mucha probabilidad á lo tardío de la hora y consiguiente poca luz del momento en que se dió.

²² Quintana, Españoles célebres, t. I, p. 277.—Giovio, Vitæ Illust. Virorum, fol. 255.—Ferrerías, Historia d'Espagne, tomo VIII, pp. 248, 249.—Ulloa, Vita di

Carlo V, fol. 17.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 181.

²³ A esta misma ciudad de Venusio fué donde diez y siete siglos antes se retiró el temerario y desgraciado Varro despues de perdida la sangrienta batalla de Canas. Tito Livio, Hist., lib. 22, cap. 49.